



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

UNA HISTORIA DE LA LUZ JAN NĚMEC

TRADUCCIÓN DE ELENA BUIXADERAS



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2019

TÍTULO ORIGINAL: *Dějiny světa*



Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

© Jan Němec, 2014

© Host - vydavatelství, s.r.o., 2014

© de la traducción, Elena Buixaderas, 2019

© Errata naturae editores, 2019

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-00-0

DEPÓSITO LEGAL: M-41639-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: František Drtikol,

The Royal Photographic Society Collection

National Science and Media Museum/SSPL/Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A mis profesores

«Amo una sola cosa, y no sé lo que es,
y la he elegido porque no sé lo que es».

Angelus Silesius

«Al diablo con la primera persona».

Samuel Beckett

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Hace millones de años las propiedades químicas de la luz permitieron el nacimiento de la vida en este planeta. Y la vida lo transformó hasta darle esta apariencia que conocemos. Los organismos vivos aprendieron a trabajar con la luz de maneras diferentes, aunque existe una que destaca de entre todas: la fotosíntesis. El pigmento verde de la clorofila es capaz de transformar la luz en energía que alimenta la vida de las plantas y, por medio de ellas, también la de los animales y las personas. El material de desecho de la fotosíntesis es el oxígeno, la única llave conocida hacia la vida multicelular. Éste se libera en tales cantidades que inunda el planeta. Sin oxígeno no podríamos respirar ni asimilar los alimentos. La respiración es, sin embargo, el proceso opuesto a la fotosíntesis desde el punto de vista químico, así que la respiración de las plantas y de los animales crea un círculo cerrado, un *perpetuum mobile*, podría decirse; si no fuera por la luz, que es el verdadero motor de todo el proceso. Señores, el aspecto espiritual del asunto se lo dejo a sus reflexiones personales; pero al menos sabemos que, desde el punto de vista natural, todos somos fatalmente dependientes de la luz. Todos somos

los descendientes del sol prehistórico y todos, justo en este instante, respiramos luz.

El hombre, de cara redonda y el pelo corto, se ajusta las gafas sobre la base de la nariz y echa un vistazo al grupo de nueve chicos. Después dice: Me llamo Georg Heinrich Emmerich y les doy la bienvenida al Instituto de Investigación de Fotografía. En un viejo libro encontré un grabado en el que un sabio recibía la iluminación a través de unos rayos de luz. Y en verdad la historia está repleta de iluminaciones semejantes, el conocimiento es inimaginable sin la luz, y la propia luz se ha convertido en su símbolo. Especialmente durante los últimos siglos, hemos aprendido a dominarla y a uncirla con el yugo de las grandes gestas científicas. El telescopio y el microscopio han expandido las fronteras de la luz en ambos sentidos y han descubierto dimensiones de la realidad que nadie se atrevía ni siquiera a soñar antes. Nuestro compatriota Wilhelm Röntgen descubrió hace poco unos rayos que atraviesan la materia. Y también, en los campos del arte y el ocio, existen un montón de herramientas y utensilios que utilizan la conjunción de la luz y el ojo humano. Menciono al azar: la linterna mágica, la cámara oscura y la cámara lúcida, los dioramas, el quinescopio, el praxinoscopio o tambor mágico. Señores, podría dar muchos más ejemplos; pero creo que sería inútil, porque no dudo de que se dan cuenta de por qué están aquí: la fotografía no es otra cosa que una manifestación fascinante más de lo que la luz consigue en manos del hombre. Esta vez no hemos extendido el espacio, como con el telescopio o el microscopio, pero hemos detenido el tiempo. Por fin hemos conseguido eternizar la fugacidad de la vida, algo que ya intentaron generaciones enteras de poetas antes que nosotros.

Emmerich mira por la ventana y se suelta el botón de la chaqueta. Sólo tiene treinta y un años, pero ya se le ven las entradas. Cuando se vuelve hacia la clase, una sonrisa imperceptible se dibuja en sus labios. Algunos de ustedes llevan en Múnich pocos días, dice, y tal vez no sepan que aquí existe un barrio bohemio llamado Schwabing; seguro que pronto conocerán las tabernas de la zona. Hace poco fui allí para visitar a un pintor y la casualidad quiso que tuviera de invitado a un conocido suyo, un poeta. Y cuando ese joven se enteró de que soy fotógrafo, me confesó que, al menos una vez en su vida, le gustaría sostener en la mano un rayo de luz y escribir con él, ¡solamente una vez! No puedo revelarles quién era ese joven; pero le entiendo muy bien. La fotografía tiene su *pathos*, y parte de él se refleja en su nombre, la palabra fotografía se compone de dos términos griegos para definir la luz y la escritura. Se podría decir que, como fotógrafos, escribimos el mundo con luz. Y nuestro fin durante los próximos dos años no será nada menos que enseñarles caligrafía, o si lo prefieren, caligrafía luminosa.

Pero nada más empezar debemos aclarar una cosa... *Aclarar*, fíjense en que la luz no nos abandona. Al igual que la música y la literatura, tampoco la fotografía surgió como un arte, sino como una forma de diversión, y sin embargo, a diferencia de la música y la literatura, en general no se la considera un arte hoy en día. Ustedes, empero, se encuentran en una escuela que tiene como fin enseñarles el arte fotográfico. ¿Y cómo podemos enseñarles algo que en principio no existe?

Examinemos el problema de cerca: parece que la primera razón por la que se mira a la fotografía con desprecio es por su carácter técnico y químico. Se cree que las fotografías individuales son copias mecánicas de la realidad, que el proceso

fotográfico no deja espacio a una intervención creativa. El poeta francés Charles Baudelaire afirmó que sólo los pintores vagos y sin talento se dedican a la fotografía, porque la fotografía no es capaz de expresar de una forma imaginativa pensamientos elevados y sensaciones y, como mucho, puede ser un modesto ayudante del verdadero arte y de la ciencia, como la imprenta o la estenografía.

Permítanme que les muestre algo. Les enseñaré dos obras que suelen estar colgadas en las paredes de mi despacho. Emmerich agarra una imagen colocada hasta entonces con el cristal contra la mesa y continúa: Ésta es la primera, una reproducción de un conocido retrato de Baudelaire del pintor Émile Deroy. Después levanta la segunda. Y aquí ven también un retrato del poeta, pero efectuado por Étienne Carjat en el famoso estudio fotográfico de Nadar. Les daré tiempo para que contemplen estos dos retratos con atención.

Dejemos aparte ahora, continúa al rato, el hecho de que, en el cuadro de Deroy, los dedos de la mano derecha den la impresión de estar algo agarrotados. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que la presencia del poeta en estos dos retratos es más que evidente... El cuadro recoge mejor la visión del pintor, pero, en cuanto a su valor artístico, más bien empeora las cosas: la personalidad del retratado queda relegada a un segundo plano, bajo la capa de color y las pinceladas, como si una subjetividad batallara contra la otra. Baudelaire definió la fotografía como el modesto ayudante del arte y la ciencia; pero la palabra que utilizó tiene otro significado: humilde. Lo recuerdo siempre que miro el retrato de Carjat: es humilde, pero en su simplicidad es a la vez una captura increíblemente poderosa de la personalidad del poeta. Observen esos ojos, como de perro de caza cansado que percibe aún a lo lejos el

olor de una presa. ¿Y qué pintor se permitiría pintar unos labios humanos tan rectos que podrían pronunciar incluso la verdad más indeseada?

Sí, como proceso técnico y químico, la fotografía es un medio y un ayudante, también la palabra se puede usar de diferentes formas; eso lo tiene claro todo el mundo. Hace dos años Max Priester y Willy Wilcke fueron condenados en Alemania por allanar la habitación donde había fallecido, como una ballena en el fondo marino, Otto von Bismarck y realizar unas cuantas fotografías que después intentaron vender a los periódicos. Hubo un gran escándalo y un juicio, las fotografías nunca fueron hechas públicas oficialmente. El mismo año, el fotógrafo italiano Secondo Pia hizo las primeras fotos de la sábana santa de Turín, esas que dieron la vuelta al mundo. El legendario plagio por fin pudo ser admirado por todos. El perplejo Pia, además, constató que la impresión del cuerpo en el lienzo es en realidad un negativo, ya que sólo en el negativo fotográfico real el rostro toma por fin su apariencia humana. Dos hombres muertos, dos fotografías en el mismo año. Les he puesto estos ejemplos para mostrarles que lo que la fotografía es, o deja de ser, cambia según el contexto y las manos en las que cae.

Hoy en día podemos olvidarnos de las múltiples caricaturas y críticas hacia la fotografía aparecidas en los periódicos antes de que la aceptaran. Lo más grave es que nuestros detractores muchas veces vienen de las filas de las artes, como en el caso de Baudelaire. La aversión de muchos pintores hacia la fotografía es de sobra conocida, al igual que esa profecía incumplida de la época en que se inventó, aquella que auguraba que llevaría a la pintura a su extinción.

Pero no ha sucedido tal cosa, y llegados a este punto no puedo resistirme a señalar que la relación de nuestros pintores

con la fotografía recuerda muchas veces a la relación entre un hombre honorable con su amante: los pintores, en público, las rechazan, pero en la intimidad no sólo las admiran, sino que se dejan inspirar por ellas, las utilizan en lugar de los bocetos, buscan con su ayuda composiciones o gestos originales; una vez incluso vi a un pintor que, con ayuda de una ampliadora, proyectaba un negativo sobre el lienzo en el que estaba pintando.

Caballeros, esta escuela les ofrece esta consigna: *Ars una, species mille*. Un sólo arte, pero miles de realizaciones. Si no lo entienden, se lo explicaré con una comparación: al igual que una única fuente de luz puede arrojar una infinidad de sombras según el objeto que se coloque ante ella, la intención del verdadero creador puede manifestarse de infinidad de maneras según los medios que utilice.

No me malinterpreten... No pretendo convencerles de que la fotografía es un arte bajo cualquier circunstancia. No hay nada que me resulte más ajeno que considerar como arte esos duplicados sin alma de la realidad que inundan el mundo. ¿Saben con qué eslogan intenta conquistar el mercado americano George Eastman, el fundador de la empresa Kodak? *You press the button, we do the rest*. «Apriete el botón, nosotros hacemos el resto». Parece que la era de la fotografía inútil, con esas postales que dan a los detractores de la fotografía una cantidad infinita de munición barata, está a punto de empezar.

Caballeros, he comenzado este discurso de bienvenida contándoles que hace cien millones de años las propiedades químicas de la luz hicieron posible la aparición de la vida en este planeta. Pero sólo hace sesenta años que el hombre descubrió cómo aprehender la vida en este planeta gracias a las

propiedades químicas de la luz de un modo antes inimaginable. Sólo hace sesenta años que la luz descubrió la posibilidad de grabar su propia creación. De algún modo, se ha cumplido la profecía de nuestro gran filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel: «A través del hombre, el alma del mundo se conoce a sí misma de una manera nueva».

Sean ustedes unos buenos pastores de la luz.

Múnich durante el cambio de siglo; pocas ciudades europeas tienen tan buena fama. ¡El dedo del anillo de los Nibelungos! ¡La Atenas del Isar! ¡La ciudad de la cerveza y el arte! ¡La ciudad de la gente y la juventud! ¡La ciudad más norteña de Italia! Mientras Berlín gime bajo la dictadura de Guillermo II, en Múnich la historia duerme y espera lánguidamente su destino. Aquí vienen traviosos americanos, melancólicos rusos, refinados franceses, gentes de los Balcanes. ¿Qué estudias? Es la primera pregunta que se escucha mientras se asienta la espuma de la cerveza. ¡Soy pintor! Trabajo para la revista *Simplicissimus*. ¡Voy a ser un fotógrafo famoso! ¿Tú también? ¡Yo también! *Zum Wohl!*

El Instituto de Investigación de Fotografía está situado en un pequeño edificio de la Rennbahnstrasse. Desde allí se oye el chirriar y silbar de los trenes, que frenan delante de la estación central en su camino hacia el noreste, justo tras la animada calle Bayer, donde pueden comprarse dulces orientales, muebles, puros cubanos e incluso chicas locales. Hacia el sur, tras un minuto de caminata, uno se encuentra en Bavaria Ring, una calle circular con mansiones espectaculares que ribetean el amplio Prado de Teresa. Además de albergar a los estudiantes recién llegados, al principio del curso escolar,

allí tiene lugar la Oktoberfest. Thomas Mann apuntó que el típico artista local es además un organizador nato de fiestas y carnavales, y no hay mejor ocasión para convencerse de ello. Sobre el Prado de Teresa se yergue la colosal estatua de Bavaria, que mira con compasión a sus hijos, a quienes les resbala la cerveza por el mentón.

Vienes de una pequeña ciudad de provincias y Múnich, girando y ardiendo, comienza a marearte. Además de los productos corrientes de las ferias hay un puesto de modernismo muniqués y un taller conjunto de arte y artesanía, una especie de cobertizo abombado forrado de caricaturas de la popular revista *Simplicissimus*, conocida como *Simpl*, y un poco más allá te topas con las atrevidas portadas del semanal *Jugend*. Tienes la sensación de que si te acercaras más te detendría un gendarme; pero la gente las ojea libremente, señalan las portadas, se ríen y se llevan las manos a los labios. En una portada, un hombre con una pipa contempla con descaro el generoso escote de una rubia, en otra ves un desnudo tan realista que dudas de si no es una fotografía, y por primera vez se te pasa por la cabeza fotografiar a una mujer desnuda. Pero la portada que más te llama la atención es otra, una en la que una elegante señorita con unas pieles de zorro alrededor del cuello mira hacia arriba con picardía mientras detrás, en el jardín, sonrío un enorme muñeco de nieve con los botones mal abrochados, parece que volviera de una cita; un pecho le asoma por el escote.

Te compras ese número para practicar alemán, *natürlich*.

Pasas junto al puesto y el escenario y te dejas llevar por la multitud. Por todas partes hay algo que mirar. Un cúmulo de cambiantes espectadores rodea a cantantes y actores; sobre unas cajas, un gaitero escocés con un kilt anima al gentío; un

ilusionista moreno con un turbante sostiene una jaula pintada de la que asoma una gran serpiente; unas chicas con trajes bávaros giran en círculo con la cabeza hacia el cielo, en el que desaparecen los últimos retazos de luz. No sin razón te invade la sensación de ser un niño de provincias viendo el mundo por primera vez.

Después de hora y media, la multitud te arrastra en zigzag hasta una mesa de madera a la que están sentados tus nuevos compañeros.

Franz, *komm her!*, te saluda Bruno agitando la mano.

Tienen que apretarse para hacerte sitio. Pero enseguida te levantas y vas a por una jarra. El alcohol libera la lengua de sus calambres. Cuando estás en compañía de mucha gente es como si te hubieran colocado una piedra de molino sobre la lengua; pero la cerveza consigue deshacerla y convertirla en una arenilla amarillenta que se lleva hasta el estómago como si nada.

Coincidimos en el examen, dice Peter. Llegaste tarde, parecía que venías desde Rusia o por ahí.

Soy de Pířbram, en Bohemia.

¿De dónde?

Es el culo del mundo. Pero tenemos grandes minas de plata.

¿Y qué más da? Yo también vengo del culo del mundo.

Todos somos de alguna parte, dice Martin, pero ahora estamos aquí.

Brindemos por ello.

¡Yo soy de Füssen!, exclama el sonrosado Friedrich y comienza a cantar.

La conversación salta de un extremo a otro de la mesa, de un tema a otro. Te cuesta seguirles, entender el alemán y todas esas indirectas y dobles sentidos; a veces se te escapa

algún chiste y te ríes sin saber de qué, sólo para no desentonar.

A mí me ha gustado, interviene Joachim, cómo Emmerich ha concluido con Hegel. Caballeros, dentro de nada hará sesenta años que murió.

Martin: ¿Tú ya has estudiado algo?

Joachim: Comencé Filosofía en Jena, pero lo dejé.

Tú: ¿Por qué?

Martin: ¿No querrás fotografiar ideas?

Joachim: ¿Ideas? Deberías escuchar a Emmerich con más atención. Su leit motiv, *ars una, species mille*, es una paráfrasis de Platón. Y con su comparación con la fuente de luz y la infinidad de sombras no hizo más que confirmarlo.

Martin: Y de eso... ¿tenemos que sacar alguna conclusión o te limitas a fardar?

Paul: ¿Lo dejáis de una vez? Ya tendremos tiempo de pelearnos...

Bruno (señalando a tres mujeres jóvenes que se apoyan en la barra): Vaya, vaya...

Peter: ¿Qué pasa con ellas?

Bruno: ¿Qué va a ser? Toca divertirse, ¿no?

Peter: Estoy sin blanca...

Bruno: Eso tiene fácil arreglo... En vez de invitarlas, conseguiremos que posen para las horas de dibujo. Desvestirse ya saben, y estarán más cómodas.

Friedrich: ¡Mierda!, conmigo sí que estarían a gusto...

Christian: ¿Y cómo pretendes lograrlo?

Bruno: Bueno... ahí veo a Eduard Steigerwald, el que nos va a dar dibujo. Le preguntaré si por casualidad no está buscando modelos.

Paul: No digas tonterías, está claro que son fulanas.

Fritz: ¿De verdad son fulanas?

Friedrich: Pues claro, jovencito, rameras que han salido de caza...

Paul: No quiero saber nada de eso.

Christian: Pues yo sí.

Bruno: Bueno, ¿qué?

Steigerwald (después de que Bruno lo lleve hasta vuestra mesa): Saludos, caballeros. Si quieren un consejo de alguien con más experiencia, prueben la cerveza de ese barril de ahí; pero no se pasen, he oído que mañana a primera hora Hans Spörl quiere enseñarles un truco.

Friedrich: Ya hemos visto demasiados trucos, y por culpa de ellos he perdido una fortuna. Tienen cartas falsas, eso es todo...

Steigerwald: ¡Veo que empiezan a orientarse!

Bruno: Queríamos preguntarle si alguna vez utilizaremos modelos vivos en las clases de dibujo...

Steigerwald: ¡Claro! Pero, ahora, discúlpenme. ¿No lo oyen? Los barriles me llaman...

Bruno: Magia... Yo preferiría que esa chica me enseñara algún número bonito.

Martin: ¿Crees que es una gran maga?

Joachim: Así que ¿de vuelta a las ideas?

Estáis eufóricos y, al rato, vuestro alborozo atrae a las tres chicas con *rouge* en los labios y *kohl* alrededor de los ojos. Se meten a presión entre vosotros y se dejan abrazar por los hombros; de todos modos, no queda otro lugar donde poner los brazos.

La primera: Tú me gustas, a ti te calentaría los pies encantada.

La segunda: Pues a mí me gusta más este otro.